



# La Huérfana.

## I

Un día de primavera de 1589, en el momento en que las huérfanas salían de su asilo, situado en la calle del Hospital, para ir á pasear conducidas por su Directora, muchas de ellas, levantando la cabeza y fijando sus ojos en la ventana de una casa vecina, mutuamente se mostraron una dama ricamente vestida que, á su vez, las miraba á través de la vidriera.

—Tomal —dijo una, —allí está la rica señora que ha venido á vivir en la casa contigua á nuestro Asilo.

—Yo sé cómo se llama, —dijo otra: —es la condesa de Almata, que ha llegado de España.

—¿Y por quién lo has sabido? —preguntó una tercera.

—Lo he oído á la Madre decírselo á Sor Mónica. Por otra parte, la señora no es española; miradla bien: tiene los ojos azules y los cabellos rubios; es una señorita de Ambéres, casada con un rico español.

—Vamos; ya tenemos á Teresa inventando otra vez historias, —dijo sonriendo con ironía una de las jóvenes.

—Preguntadlo á Houten Clara, que también lo sabe... Eh!... pst!... Houten Clara!... Houten Clara!.....

Al oír este nombre la Madre Directora volvió

la cabeza y advirtió que algunas de las huérfanas miraban hacia las ventanas de la casa vecina, precisamente en el momento en que trataba de hacer guardar el orden á otras de las jóvenes. Con una mirada severa hizo que cesara el desorden de aquéllas; tomó luego de la mano con particular afecto á una de las niñas, y poniendo-se en marcha con su protegida, dió la señal de partida.

—¡Siempre Houten Clara!—murmuró Teresa.—Se diría que es de azúcar..... ¡con tal que no vaya á deshacerse la pobrecilla!..... Eh! Ana!..... mírala qué orgullosa y qué tiesa va de la mano de la Directora..... ¡y qué bien ha sabido hacerse querer, la adúlona!

—¡Callaos!—exclamó otra de las jóvenes.—Houten Clara sabe ahora un cántico nuevo muy bonito, que nos cantará á la siesta, acompañándose del clav'cordio..... Daría dos dedos de mi mano izquierda, por tocar ese instrumento como ella lo toca.....

—Sí, sí, todo eso es bueno para dicho..... Pero, ¿por qué es ella la niña consentida?..... Y además, ¿por qué es tan soberbia?.....

—¿Soberbia, dices? .... Pero, Teresa, ¡si es la dulzura y la bondad misma!.....

En tanto que las huérfanas seguían lentamente por la calle del Hospital, la dama de que hemos hablado permanecía en la ventana, dirigiendo hacia la calle una mirada vaga y soñadora. Todo en ella revelaba una profunda tristeza, tanto la palidez trasparente de sus mejillas y la mirada incierta de sus ojos azules, como la tentitud dolorosa y casi enfermiza de sus movimientos. Esta mujer, que parecía haber pasado ya de los treinta años, era, á pesar de su edad, de una sorprendente hermosura.

Hacia cerca de un cuarto de hora que estaba sentada, inmóvil, junto á la ventana, cuando una puerta se abrió suavemente, y un hombre asomó la cabeza como para observar lo que pa-

saba en la habitación. Como la dama no se movió, el hombre entró allí sin hacer ruido, pero sin tratar de ocultar su presencia. Fué hacia la dama, y, por encima de su hombro, miró con curiosidad á través de los cristales. Satisfecho de no haber notado nada en la calle, se sentó en un sillón á pocos pasos de la dama.

—¿Aun estáis triste, Catalina? ¿Me engañáis, pues, al repetirme sin cesar que el aire de los Países Bajos os es saludable? Hace ya quince días que estamos en vuestra ciudad natal, y lejos de que esta residencia os cause alegría, la dulce sonrisa que animaba vuestro semblante, tan consoladora para mí, ha desaparecido. Siento vivamente haber prestado oídos con tanta facilidad á vuestras súplicas; porque sin duda alguna el ardiente sol de España es más favorable á la salud y más grato de contemplar, que esta fría y brumosa atmósfera que pesa aquí como una capa de plomo. En verdad, Catalina, era necesario que mi amor para vos fuera muy grande, para decidirme á emprender un viaje tan peligroso y volver á un país donde he visto perecer tantos parientes y amigos; pero yo esperaba que recompensaríais este sacrificio tatando de volver á la vida, por decirlo así, y de recobrar vuestra alegría. Mas ¡ay! parecéis ahora más insensible que nunca, y exceptuando las visitas que hemos hecho á los miembros de vuestra familia, aun no habeis consentido en dejar esta habitación.

Estas palabras fueron dirigidas á la noble dama con un tono extraño é interrogativo. Bajó ella los ojos y permaneció callada, como si la confusión la hubiera quitado la palabra.

Su marido repuso con una calma afectada:

—Sí, señora: aun no habeis querido salir de esta casa. Ayer mismo por la tarde, mientras que yo fuí á pagar una visita, no quisísteis salir con vuestra dueña..... sino sola, ¿no es verdad?

—¡Calixto!—dijo la noble dama suspiran-

do:—¿Por qué espíais mis menores pasos?.....  
 ¿Me preguntáis por qué no renazco á la vida bajo el cielo de los Países Bajos?..... He venido aquí á buscar la libertad, y ¡ay de mí! aquí me ha seguido la esclavitud. No es el aire de este país, no es el sol de Flandes el que puede aliviarme: la libertad es lo que me falta; y si persistís cruelmente en rehusármela; si continuáis, como en España, vigilando á vuestra esposa y rodeándola de espías, no esperéis, señor, que mi estado se mejore. Inútil sería buscar un cielo más benigno: yo languideceré en todas partes donde sea oprimida y esclava...

Mientras que la noble dama respondía en estos términos con un despecho mal contenido, el conde de Almata la miraba fijamente y una sonrisa de duda plegaba sus labios.

—¿La señora,—dijo él,— podrá complacer á su marido diciéndole á dónde fué ayer, al caer de la tarde?.....

—Al mercado, Calixto.

—¿Puedo saber también, Catalina, lo que habéis ido á hacer allí, en ese Establecimiento de tan mezquina apariencia?

—¡Oh, Dios mío! Calixto, con qué tono me interrogáis!

—Muy sencillo sería, Catalina, decirme desde luego lo que deseo saber.

—Y bien, salí para respirar libremente el aire de la tarde; libremente, ¿lo entendéis, Calixto? Al pasar por el mercado, me acordé que una antigua criada de mi padre vivía allí, y he querido ir á verla: ella era quien me llevaba á la escuela cuando yo estaba pequeña. Pero ocho años hace que dejamos los Países Bajos; la antigua criada ha cambiado de domicilio, y hace largo tiempo que ha desaparecido: nadie sabe lo que ha venido á ser de ella. ¿Qué hay, pues, de vituperable en una acción tan sencilla?.....

—Tanto mejor, Catalina. Yo mismo os ayudaré en vuestras investigaciones, si lo queréis. ¿Cómo se llama esa antigua criada?

Un vivo rubor encendió la frente de la condesa, y después de un instante de reflexión, pudo contestar con mal seguro tono de voz:

—Se llama..... Ana la Negra.....

—Ah!—esclamó el conde con incredulidad:—¿se llama Ana la Negra?..... Y como hace tanto tiempo que la habéis conocido, habéis olvidado su apellido, ¿no es verdad?.....

—Calixto,—prorrumpió la noble dama con voz llena de dolor y de indignación:—os prohibo que me habléis así. Si es cierto que vuestro natural celo os inspira desconfianza acerca de vuestra esposa, no os está permitido, señor de Almata, humillar en la persona de su hija la sangre de vuestro antiguo compañero de armas; respetad en mí la noble raza de los Ghyseghem, á quienes sois deudor de la vida.

—Vuestro padre, Juan de Ghyseghem, mi hermano de armas y mi salvador, os confió á mi cuidado. Ya veis que no lo he olvidado, señora. Yo he cumplido fielmente con los sagrados deberes de esposo, y, á pesar de lo que dijéreis, Catalina, quiero descubrir, y descubriré, lo que habéis venido á buscar aquí, y que yo no debo saber, á lo que parece. Confieso con gusto que mi manera de obrar debe pesaros, si no merecéis ningún vituperio; y os declaro con más gusto aún, que os tengo por una mujer honrada y fiel: pero no es menos cierto que yo debo velar sobre vos; el corazón algunas veces se extravía, y quizás allí, en el fondo del impenetrable misterio con que os rodeáis, hay un peligro inminente. Ved que os hablo, á lo menos, con franqueza, porque tengo el derecho por mi parte. Vos, Catalina, no podéis decir otro tanto, porque quien disimula y se oculta, algunas razones debe tener para obrar así.

La condesa pareció arrepentirse de haberse mostrado tan exaltada, y toda su irritación se desvaneció al oír las últimas palabras del conde; aproximándose entonces á él, con el rostro sonriente y las lágrimas en los ojos, le tomó

tiernamente una mano, y le dijo con una voz suplicante:

— Buen Calixto, perdóname; quizás no tengo razón al hablar así. Pero, ¿por qué mostrarme tal desconfianza? ¿Por qué, aun por la cosa más insignificante, hacerme sufrir un interrogatorio, como á un acusado delante de su juez?... ¿Quieres que yo esté alegre y contenta? ¿quieres encontrar en mí una compañera amante y dichosa? Pues bien, deja ya de sospechar de mí, deja ya de espiarme; concédeme la libertad de que gozan las demás mujeres de este país, y verás con qué reconocimiento y ternura te amaré, no solamente como á un esposo querido, sino como á mi bienhechor, como al salvador de mi vida!

— No sé cómo has podido figurarte, Catalina, que vives esclavizada: yo no te espío, no; pero sí tengo sospechas, ¿no eres tú quien las has despertado en mí?... ¿Por qué sales en secreto sin avisármelo? Domingo mi criado te ha visto ayer hablar á una mujer en el umbral de la casa del Mercado, y ha venido á decírmelo; ¿qué más natural?... Ah! ¡ojalá que yo pueda arrancar de mi corazón toda desconfianza: yo soy el primero en deseárselo!..... Pero, ya sea por la sangre española que corre por mis venas, ó ya por tu conducta dudosa, Catalina, siempre es que no estoy tranquilo, ni podré estarlo mientras tú misma no me hagas la aclaración de un misterio que niegas, pero que existe. Estoy convencido de que eres incapaz de obrar mal, Catalina; pero soy hombre..... de sangre española..... Sé, pues, generosa, y no lo olvides con tanta frecuencia.

— ¡Calixto!..... ¡Calixto!..... ¡si pudiera leer en mi corazón!..... Más bien que faltar al amor y al reconocimiento que te debo, sufriré cien veces el martirio..... Tus sospechas me oprimen el corazón; ten ya piedad de mí!

— No te aflijas, mi pobre Catalina; demos, pues, por terminada esta conversación, y que todo sea olvidado. Adios, querida mía; den-

tro de una media hora vendré para que vayamos á hacer á la señora de Beza la visita que le hemos prometido.

Después de estas palabras, el conde besó afectuosamente la mano de su mujer, y salió de la habitación.

La condesa cayó entonces agobiada sobre un sillón, y llevó ambas manos á su frente. Grandes sufrimientos experimentaba sin duda, porque un temblor febril la agitaba. Pasado un breve momento perlas húmedas y brillantes corrieron por su manos, y penosos suspiros se escaparon de su pecho.

La infortunada mujer tenía sin duda que luchar contra una inevitable fatalidad, porque violentamente se levantó con valor y resolución, y enjugó vivamente las lágrimas que humedecían sus mejillas. Su rostro tomó una expresión sonriente, en la que se reflejó la esperanza; y aproximándose luego á una de las paredes de la habitación, dió tres golpes repetidos con la mano. Inmediatamente se oyó del otro lado el ruido de una silla movida de un lugar á otro, y en seguida los pasos de una persona que quizás había esperado largo tiempo aquella señal. Poco después una mujer de avanzada edad entró con precaución en la cámara, cerrando tras sí la puerta sin hacer ningún ruido. Era la dueña. La condesa fué rápidamente á encontrarla, la tomó de la mano y la llevó silenciosamente junto á la ventana, y allí, con voz baja y casi imperceptible, resplandeciente su semblante por una dulce esperanza, la dijo:

— Y bien, Inés, mi buena Inés, ¿has descubierto por fin algún indicio? ¿Sabes ya lo que ha sido de Ana Canteels?

— Sí, señora, ya sé donde vive.

— ¡Oh, Dios mío, al fin!..... ¡Qué consuelo para mí!..... ¡Qué feliz soy, mi querida Inés!.....

— Y lo seréis aún más, señora, cuando sepáis todo lo que yo he sabido.

—Qué?..... ¿qué dices, Inés?..... Habla, te lo ruego.

La dueña puso, sonriendo, un dedo sobre sus labios, y murmuró al oído de su dueña:

—Gracias á Dios, también he sabido donde está *ella*.

Esta palabra *ella*, pronunciada con una voz conmovida y llena de expresión, debía indudablemente tener una significación muy clara para la condesa, porque empezó á temblar, dejando ver en su rostro una sonrisa de enajenamiento, aunque visiblemente se esforzaba en ocultar su emoción.

—Ella?..... ella?.....—preguntó desfallecida.

—Sí, señora, ella vive, ella está á pocos pasos de aquí.

—¡Ah, cuánto me haces sufrir, Inés! ..... Explicáte, pues; no sé cómo creer en una felicidad tan inesperada.

—No lo dudéis, señora; es lo rep'ito: aquella que buscamos,—no la anciana, sino la otra,—no está lejos de aquí.

Una viva emoción se apoderó de la condesa, á esta confirmación positiva de lo que apenas se atrevía á esperar; la palidez y un rojo encendido se sucedían en sus mejillas; sintió que las fuerzas parecían abandonarla, y se apoyó contra el pilar de mármol de la chimenea. Después dijo con una voz débil y casi suplicante:

—¿En dónde ..... en dónde está?..... Ah! sostenme, mi buena Inés; me parece que voy á desfallecer..... Pero no; ya ha pasado, ya estoy bien..... Dí, habla pronto: ¿en dónde está *ella*?

—Un sólo instante esperad á sentir os bien, señora..... La alegría que os causa esta noticia, os conmueve demasiado; tal vez no soportaríais lo que aun tengo que deciros.

—Mírame bien, y no seas cruel..... Tiemblo, es verdad, pero la fuerza no me falta. Vamos: ¿qué quieres decir? ..... ¿es mi conde-

nación lo que voy á oír de tu boca, y no la felicidad que pareces prometerme?

—¡Ah, pobre señora, cómo os engañais!..... Volved en vos, estad tranquila, todo voy á deciros.

La dueña se aproximó á la pared opuesta, y haciendo seña á la condesa como para llamar la atención sobre un ruido casi imperceptible, dijo con acento misterioso:

—Señora, las huérfanas de la casa vecina acababan de volver de su paseo. ¿No oís sus voces resonar en el patio del que esta pared nos separa?

—Sí, Inés, todos los días las oigo..... Pero ¿qué quieres decir?.....

—*Ella* está allí, entre esas huérfanas, y acaso su voz llega en este momento á vuestros oídos.

—¡Oh, Dios mío! ..... ¿es posible?—esclamó la condesa elevando imprudentemente la voz.

—¡Ella está allí..... tan cerca de mí!.....

Y como impelida por un arranque irresistible, corrió á la pared y apoyó su frente, en tanto que una inefable expresión de felicidad y una febril atención se retrataban en su rostro. Así permaneció largo rato, sonriendo y escuchando, hasta que su inmovilidad llegó á calmar la efervescencia de su sangre y la febril agitación de sus nervios. Después de un instante, callaron todas aquellas voces: sin duda las huérfanas habían dejado el patio para entrar á las salas de trabajo.

La condesa, radiante de alegría, volvió al lado de la dueña, y sentándose junto á ella, le dijo conteniendo la voz:

—Cuéntame ya, querida Inés, cómo has podido traerme tanta felicidad..... Dime cómo te ha dirigido Dios en tus investigaciones..... ¿Estás bien segura de que no te has engañado?..... Oh! me moriría si así fuera!.....

—Escuchadme, pues, señora. El tiempo es precioso; porque Domingo me ha dicho, á mi vuelta, que dentro de un momento saldréis con el señor conde.

—Domingo ha dicho la verdad..... Date prisa en hablar.

—Y bien, ya no sabía hoy á dónde ir, ni á quién hablar. Y esto no es admirable, señora, porque hace quince días que estoy buscando inútilmente. Ya iba á volver sin tener ningunas noticias que comunicaros, cuando una mujer ya anciana, que antes de vuestro matrimonio trabajaba con frecuencia en casa del conde de Almata, me detuvo en la calle y me preguntó por vos. Sin duda la conocéis, señora, porque esta mujer trabajaba también en la casa de vuestro padre.

—¿Es acaso Teresa Costerlings?.....

—La misma, señora. De uno en otro asunto, llevé la conversación sobre Ana Canteels, y por Teresa supe, que apenas aquélla había vuelto de su viaje, se casó con un soldado, y que hoy vive en el cuarto de una casa de la calle del Convento. Llena de alegría me dirigí al cuartel español, y allí descubrí, no sin pena, la habitación de Ana Canteels. ¡Oh, señora!... la pobre mujer está, que da lástima verla: anquilada, flaca como un esqueleto, cubierta de andrajos; dudé en creer que era ella la que estaba allí..... Sin embargo, el corazón de la desgraciada debe ser bueno aún, porque desde el momento que le hablé de vos, empezó á llorar amargamente, pidiendo perdón. Supé entonces que durante algunos años, *ella* había sido cuidada y educada por un paisano, á quien se retribuyeron sus trabajos con el dinero que habíais dejado á Ana. Más tarde, ésta trabó relaciones con algunos militares, que la han arrastrado á una mala vida. Casó después con uno, probablemente de los peores, puesto que él, á fuerza de golpes y malos tratamientos, la arrancó todo el dinero que le había sido confiado; sin embargo, Ana no le abandonó aquella suma sino bajo la condición de que la suerte de *ella* quedara asegurada. Muy largo sería contaros la historia del soldado asesinado y de la aldea incendiada, que han inventado para ha-

cer que á *ella* la recibieran en la casa de las huérfanas con la recomendación de las más ricas personas de esta ciudad: bastante os he dicho esta noche..... Así, *ella* se encuentra muy cerca de aquí, en la casa de las huérfanas y se le ha dado entre éstas el sobrenombre de Houten Clara.....

—¡Houten Clara!.....(1) ¡un apodo insultante!..... ¡á ella, Dios mío!..... ¿A caso será allí maltratada?.....

—Oh! no, señora. Se la llama así, porque tiene la costumbre de mantenerse grave y derecha. Parece que cada huérfana recibe de sus compañeras un sobrenombre, y tal vez *Houten Clara* es uno de los menos desfavorables..... Pero dejadme continuar, porque ya oigo ruido allá abajo..... ¡Cómo fatiga hablar tan quedo!..... ¡casi estoy sofocada!..... Cuando Ana Canteels, deshecha en llanto, me hablaba de aquella manera, hé aquí que la puerta se abrió repentinamente, y un horrible soldado de largos bigotes y aspecto feroz, penetró en la habitación, vacilando sobre sus piernas. El miserable me miró con aire desconfiado, y se encendió en cólera al percibir las lágrimas que corrían por las mejillas de su mujer: la arrancó brutalmente de su silla, la arrastró á un rincón del cuarto, y allí, entre juramentos y blasfemias, le preguntó la causa de mi presencia. La pobre Ana resistió un instante; pero obligada por crueles tratamientos, le dijo todo. Furioso entonces el soldado, habló de recompensa y de dinero, hasta que le di todo el que yo llevaba: le he prometido darle algo todas las semanas, y ahora está enteramente calmado.... Ah! escuchad, señora: el conde sube la escalera; felizmente ya estáis dispuesta á salir.

En efecto, el conde entró, sonriendo, y esperó algunos instantes al lado de las vidrieras del

(1) Houten, derivado de hout, palo. Por consiguiente, el nombre de Houten Clara, es lo mismo que decir: Clara de palo, es decir, tiesa, etc., etc.

balcón, que su esposa concluyera de arreglar-se. Notó entonces con una feliz sorpresa, que la luz de una nueva vida radiaba en los ojos de la condesa, y que estos ojos se fijaban en los suyos con una expresión afectuosa. Creyó él ver un sentimiento de gratitud por la manera con que acababa de conducirse con ella, y se regocijó de un cambio tan feliz. Cuando su esposa terminó, le ofreció la mano, y ambos salieron con objeto de hacer la visita á la señora de Beza.

## II.

Al día siguiente la condesa de Almata despertó más temprano que de costumbre. No se había levantado aún la dueña, cuando ya la noble dama había dejado su lecho y comenzaba á vestirse por sí misma para salir. Fácil era conocer en la sonrisa que entreabría sus labios y en la precipitación de su movimientos, que una alegre impaciencia la incitaba á obrar de tal manera.

Cuando la dueña entró al aposento de la condesa, ésta había concluido ya de vestirse. La antigua servidora creyó ver en esto un reproche á su pereza, y con mudo despecho se puso á arreglar la habitación; pero la condesa se volvió hacia ella, y le dijo chanceándose:

—Vamos, Inés, querida mía, no estés enfadada: la alegría me ha arrojado del lecho. Ayer trabajaste tanto en bien mío, que, por recompensa á tu zelo, no he querido despertarte.

Y se aproximó misteriosamente á la dueña, que ya se había consolado, la tomó de la mano, y llevándola á un rincón de la recámara, la dijo conteniendo la voz, pero dejando ver en su semblante la felicidad que la embriagaba:

—¡Inés, al fin voy á verla!..... Ya es necesario que la vea..... ¡Oh, cómo late mi corazón! Me parece que una nueva vida circula por mis venas..... Vamos, ayúdame, que no

sí lo que hago..... ¡estoy tan ansiosa!..... ¡me siento tan feliz!.....

—¿Y el conde de Almata, señora?—dijo la dueña con inquietud.—¿No se encolerizará si dejáis vuestra casa sin su consentimiento y á pesar de su prohibición?

—Lo sabe ya, Inés: él me lo ha permitido.

—¿De veras? ¿Estáis segura, señora, de que os haya sido dado este permiso sin ninguna mala intención?

—Perfectamente segura; créemelo, ayer estuve conmigo bondadoso, confiado y tierno como nunca: mas no comprendo todavía este cambio tan repentino.

—Yo sí lo comprendo bien, señora. El conde os tiene un extremado cariño..... Ocho años hace que vos languidecís y no correspondéis á todos sus testimonios de simpatía, mas que con una invencible tristeza. Ayer, cuando os traje la buena nueva, la vida resplandeció en vuestros ojos, vuestras mejillas se cubrieron con el fresco color de la rosa, vuestra voz se hizo dulce y vibrante; sí, señora, estábais bella, con una hermosura irresistible: ¿á quién no habrías seducido? El conde, que os ama, que en el mundo os quiere más que á todo, se ha dejado dominar por tantos encantos..... Y después de esto, señora, ¿no le habéis hablado con más cariño, con más ternura que de ordinario?

—¡Qué bien lees en el fondo de los corazones, querida mía!..... Sí, es cierto: después de quince días de desesperación y de lágrimas, me siento de tal manera dichosa, que todo lo que decía se escapaba de mis labios con una dulce vivacidad, con un acento de penetrante simpatía: el conde se hallaba en el colmo de la felicidad. Así, cuando en medio de nuestras dulces conversaciones le dí á conocer el deseo de visitar la casa de las huérfanas, bajo el pretexto de buscar allí telas y encajes, me abrazó con efusión y me dijo:—«Vé, mi muy amada Catalina; toda desconfianza ha desaparecido;

no me ocultes más lo que hagas: ahora sé que el deseo de libertad era la sola causa de tu misteriosa conducta..... Ah! ¡te creías espíada por mí!..... Permanece siempre contenta como ahora te veo; sé siempre buena como lo eres en este momento, y vé á donde tú quieras: tu noble carácter y tus instintos de grandeza y de honor, me son garantías suficientes contra las inquietudes de mi alma castellana.»

La dueña lanzó un suspiro, y dijo, elevando las manos:

—¡Y que á un hombre semejante, que es la bondad y la generosidad misma, nos sea necesario engañar!..... Que Dios nos perdone, señora, lo mal que obramos al hacer esto.....

—Mal, dices?..... ¡Ay de mí! acaso tienes razón; pero, ¿es posible escapar de esta fatal necesidad? Yo soy inocente, tú lo sabes, y moriría de vergüenza antes que dar cabida en mi corazón á un pensamiento culpable; y sin embargo, condenada estoy á sufrir y á bajar la cabeza cuando las sospechas.....

Y se calló un instante. Después añadió:

—Si yo le hiciera saber todo, Inés.....

—¡Cielos! ¿qué decís, señora?

—E-cúchame: yo amo al conde, tanto por inspiración del corazón, cuanto por el reconocimiento infinito que le debo. La convicción de que le engaño, es para mí un infierno de dolor y remordimientos; hay momentos en que sería capaz de revelárselo todo.

—Cuidaos bien de eso, señora; la sangre española volvería á tomar su fiereza. Su vida sería envenenada por una horrible certidumbre, y vos no podéis prever la suerte que os estará reservada: mejor valdría volver á España y esforzaros en olvidar el objeto de vuestro viaje.

Las últimas palabras de la dueña causaron una súbita y dolorosa impresión en la condesa, que, como si se hubiera sentido ultrajada, y lanzando á la dueña una mirada irritada, exclamó:

—¿Qué te atreves á proponerme?..... ¡Partir sin verla?..... Sin duda te burlas, porque tú sabes, mejor que yo, que esto es imposible..... Dame mi abrigo, y partamos.....

Existe en la calle del Hospital una casa de fachada gótica, de un estilo casi raro, y cuya parte superior está adornada con una imagen emblemática de la Santísima Trinidad. En el muro, arriba de la puerta principal, se halla esculpido un cuadro, representando un grupo de niñas á las que parece instruir una dama de bastante edad. Bajo de esta escultura, que no carece de mérito artístico, se lee la inscripción siguiente, que da á conocer el origen y objeto de la casa de las huérfanas:

*Un hombre piadoso,  
movido solamente por la caridad,  
ha dotado ricamente este hospicio, á fin de  
que las huérfanas que en otro tiempo han  
sufrido una profunda miseria,  
sean en él educadas é instruidas  
con provecho y honradez.*

*Este hombre excelente se llamaba Van der Meere, y  
era comerciante de esta ciudad:  
Murió el 19 de Noviembre de 1162, á los 73  
años de edad.*

La condesa, acompañada de su dueña, se detuvo delante de esta casa. La dueña levantó el martillo del portón y llamó, al mismo tiempo que decía á la condesa:

—Ahora, señora, conteneos, por el amor de Dios; se podría leer en vuestro rostro lo que nadie debe sospechar.

La condesa no respondió.

Un instante después la puerta fué abierta por una huérfana que llevaba dos gruesas llaves suspendidas de la pretina de su delantal. Tenía esta joven una fisonomía radiante de salud

y alegría; llevaba su traje con coquetería, y su delantal y sus mangas eran de una tela tan blanca y tan graciosamente plegada, como una prueba palpable de la propiedad, de los cuidados y hábiles trabajos que formaban la reputación del Establecimiento.

—¿Qué desea la señora?—preguntó la huérfana con una dulce sonrisa.

—¡Encantadora niña!—exclamó la condesa enajenada, acariciando á la huérfana.

Y llevando una mano á su bolsillo, buscó un instante, y sacó un dedal de plata, que regaló á la jovencita, diciéndole:

—Tomad, hija mía, os doy esto, porque sois encantadora y aseada..... Vengo á ver si aquí podría encontrar encajes.

—Gracias, señora,—respondió la huérfana.—Tenemos encajes muy bonitos..... Entrad al locutorio, os lo ruego.

Y colocándose frente á una escalera, gritó:

—Madre, bajad pronto; aquí está una señora que desea hablaros.

Pocos momentos después entró en el locutorio una mujer de cerca de cuarenta años. Su fisonomía respiraba salud, en su frente se leía la tranquilidad del alma, y todo en ella revelaba la bondad y dulzura de su carácter. Al ver á la condesa, se inclinó saludándola respetuosamente, y ofreciéndola un asiento, le dijo:

—¡Cuánta honra es para nuestra casa, señora, que la condesa de Almata se digne visitar á las pobres huérfanas! ¿En qué podemos servirlos?

—Deseo, querida madre, comprar algunos encajes, y aprovechando la ocasión, visitar un Establecimiento al que tanto recomienda su exterior.

La Madre abrió los grandes cajones de una cómoda, y sacando de ellos numerosas piezas de encajes, las mostró á los ojos de la condesa; pero ésta no pudo contener su impaciencia, y dijo:

—Muy bellos son estos encajes, y alguno to-

maré seguramente; pero, querida madre, tened la bondad de enseñarme primero á vuestras huérfanas, puesto que están en el trabajo.

Como si al parecer no hubiera atendido á esta súplica la Madre quedó observando atentamente á la condesa con una sorpresa y una insistencia casi impolíticas.

—Y bien, querida Madre,—dijo la condesa,—¿no me respondéis?

—Perdonadme, señora,—dijo la Madre suspirando.—¡Dios mío! ¿en qué pensaba yo?..... Estaba distraída... Me parece tan extraño...

—¿Qué es lo que tanto os admira?—preguntó la condesa, que se sentía temblar.

—Nada..... Una semejanza..... No sé cómo he podido pensarlo..... Dignaos seguirme, señora.

Después de hacerlas atravesar un patio cuadrado, condujo á la condesa y su dueña á un salón retrado, en el que se encontraban las huérfanas. Durante el trayecto, la dueña dijo á su ama disimuladamente:— ¡Cuidado, señora!

El salón al que la Madre condujo á la condesa, estaba lleno de jovencitas de diferentes edades, ocupadas todas en hacer labor. Todas estaban uniformemente vestidas: un hábito de lana negra, un jubón de lana azul, un cuello recortado, un delantal tan blanco como la nieve, y una especie de capa de terciopelo negro, componían su vestido. Sus cabellos, peinados hacia atrás, caían sobre la capa, de manera que la frente se presentaba enteramente despejada y en todo su desarrollo. Durante las horas de trabajo, llevaban unas mangas de tela destinadas á garantizar de un rápido deterioro las de su jubón. La mayor parte de las jovencitas tenían un cojín sobre las rodillas, y trabajaban haciendo blondas, encajes, etc.; otras cosían ó trazaban dibujos sobre lienzo muy finos; algunas tejían con hilos de seda y oro sobre telas de diversos colores.

Antes de que llegara la Madre, las jóvenes

entonaban un lindísimo cántico; la condesa las había oído desde el patio, y había notado que entre todas las voces sobresalía una tan dulce como un timbre argentino. Con gran pesar suyo, desde el momento en que penetró en el salón, el canto cesó repentinamente, y cada una de las jovencitas bajó respetuosamente la cabeza sobre su labor. Así lo quería la disciplina, en observancia de la cual, la Madre directora velaba severamente.

Según el deseo expresado por la condesa, la Madre le enseñó el trabajo de cada una de las jóvenes, y le dió explicaciones tan prolijas, que la condesa tuvo que resistir á su impaciencia, ante la lentitud con que la Madre le iba mostrando los trabajos de todas las clases. No se atrevía á pedir las noticias que deseaba, ni á preguntar por la persona que quería ver; se vió, pues, condenada á sufrir la paciencia más penosa, y no escuchaba á la que le hablaba, absorta como estaba en el pensamiento de que un sér que le era más querido que la vida, respiraba, á la vez que ella, en la atmósfera de aquella sala. La Madre, sorprendida de la extraña distracción de la condesa, pensaba en continuar sus observaciones, cuando ésta le dijo de repente:

—Vuestras hijas cantan muy bien, querida Madre; hay sobre todo entre ellas una voz de una dulzura maravillosa.

—Ah! ya lo creo: es la voz de Houten Clara..... ¡Dios mío! ¿qué tenéis, señora?..... El aire que se respira en esta sala, quizá os hace daño..... Venid, salgamos al patio, allí hace más fresco que aquí.

—Estáis en un error, querida Madre,—respondió la dueña con voz rápida pero tranquila:—mi señora con frecuencia palidece de súbito: es una afección nerviosa; pero que no pasa de allí.

—¡Ah, tanto mejor!—dijo la Madre.—¿Desearía la señora oír de nuevo el cántico que tanto le agradó?

—Sí, sí, os lo agradeceré mucho; mas permitidme que me siente en esta silla, porque estoy muy fatigada.

La Madre corrió á la extremidad de la sala y llevó su propio sillón, que estaba forrado de cuero y guarnecido con clavos dorados; rogó á la condesa que se sentara en él, y dijo en seguida á las huérfanas:

—Hijas mías, esta noble señora quiere oiros cantar. Clara Houtvelt, poneos al atril.

Mientras que las huérfanas se preparaban para obedecer á su directora y esperaban de ella una señal, la condesa dijo con una emoción mal contenida:

—¿Clara Houtvelt decís, querida Madre?... Yo creía que me habíais hablado de una Houten Clara, como la primera voz entre todas.

—Sí, señora: Clara Houtvelt y Houten Clara, no son más que una: es la encantadora niña que está delante del atril.

Y sin fijarse en la expresión de la fisonomía de la condesa, ni en la atención llena de ansiedad con que la dueña observaba á su señora, se volvió á las jóvenes, y dijo:

—El cántico de Navidad..... Clara, hija mía, cantad voz primero; vuestras hermanas repetirán el estribillo.

Houten Clara parecía la imagen más poética y deliciosa de la infancia. Era de una constitución delicada, débil quizás, pero de una esbelta elegancia en armonía con sus doce años. Sus grandes ojos parecían reflejar el azul del cielo, y se destacaban del alabastro de su frente como hermosas y brillantes perlas; su boca pequeña era semejante á la hoja de una rosa plegada en dos, y una graciosa semi-sonrisa daba mayor encanto á sus facciones. Lo que sobre todo la hacía distinguirse de sus compañeras, y que indudablemente no iba de acuerdo con su vestido, era la majestad de su actitud, y no sé qué de inexplicable en su mirada, que hacía adivinar una sangre noble y un elevado origen. Ninguna de sus compañeras ha-

bía dejado de adivinarlo así; todas estaban convencidas de que Houten Clara no era de un nacimiento vulgar, bien que este sentimiento no les había sido inspirado mas que por la imponente dignidad y el noble carácter de la pura y hermosa niña.

Cuando Houten Clara vió la señal de la Madre directora, su dulce y encantadora voz se elevó entonando un cántico lleno de expresión y ternura. A cada estrofa, respondían las huérfanas con un estribillo lleno de armonía y de encanto.

Durante este cántico, la condesa, con los labios entreabiertos, estaba sumergida en una enajenación y un éxtasis, como si realmente hubiera estado oyendo cantar el *Alleluia* en los cielos. Sus ojos no se habían separado de Houten Clara; estaba literalmente suspendida de los labios de la niña. Y verdaderamente, mientras que la huérfana cantaba, había en ella algo tan puro, tan celestial, resplandecía una piedad tan ferviente en sus ojos azules como el cielo, estaba tan absorta en el himno de alabanzas que se escapaba de sus labios, y tan arrebatada por un misterioso sentimiento inspirado por la armonía de aquel canto, que sólo se la podría comparar á una alma bienaventurada ante el trono del Señor. La misma dueña se sintió conmovida y olvidó el peligro que corría su señora, porque también, con la cabeza inclinada y los labios entreabiertos, contemplaba fijamente á Houten Clara.

El cántico había concluido, la huérfana había vuelto ya á su trabajo; pero la condesa y la dueña permanecían aún inmóviles sobre sus asientos, con grande admiración de todas las jóvenes. La Madre se aproximó á la condesa, y le dijo llena de orgullo:

—Sí, señora: que se vaya á buscar por toda la ciudad una voz comparable á la de esa querida niña!..... Así, no saldrá ella nunca de nuestra casa para entrar al servicio de nadie. Nuestras vecinas las monjas de Santa Isabel,

las hermanas del convento de la Longue-rue-Neuve y las Ursulinas de Bétail, han prometido á Houten Clara recibirla cuando tenga la edad. Sin duda que será aceptada en cualquiera de esas partes, porque ella será la primera voz de la iglesia: pero no lo conseguirán, señora. Clara es mi hija, y mientras yo viva no se separará de mí, si Dios quiere..... ¿Qué piensa la señora condesa, de tan hermosa voz?

La condesa, dominada por un invencible sentimiento, se esforzaba desde hacía largo rato por contener las lágrimas que querían escaparse de sus ojos. La dueña, observando la lucha que su señora sostenía, le oprimió furtivamente la mano para recordarle su deber é infundirle valor. Sin parar la atención en esta advertencia, como tampoco lo había hecho en la pregunta que le había dirigido la Madre, la condesa se levantó del sillón, y fué á colocarse delante de Houten Clara, quien, por respeto á la extranjera, se levantó inmediatamente y bajó con modestia los ojos. La condesa, temblando, tomó una mano de la huérfana, y dijo á ésta con acento conmovido:

—Tenéis una voz angelical, hija mía..... Pero miradme, mi querida niña..... ¿Acaso tenéis miedo de mí?

La niña levantó sus hermosos ojos azules, y mirando á la condesa, sonrió con inexplicable dulzura, y respondió:

—Oh!..... no, señora..... ¡habláis con tanta bondad á vuestra humilde criada!.....

—¡Criada!—murmuró dolorosamente la condesa; oprimiendo más vivamente aún la mano de la huérfana.—¿Queréis abrazarme, Clara?... ¡Oh, que bien cantáis!.....

—¿Abrazaros, señora?—dijo confundida la jovencita.—Sí lo quisiera, pero no me atrevo!....

Apenas la niña había pronunciado estas palabras, la condesa le tomó la cabeza con ambas manos y depositó sobre su frente un beso tan apasionado y tan prolongado, que la niña, cuando ya se sintió libre, roja de emoción y toda

conmovida volvió á sentarse delante de su labor, sin atreverse á levantar los ojos. La Madre y la dueña, que se habían aproximado, habían sido testigos de esta escena. La primera no sabía qué pensar de lo que veía, y aunque le asaltaron extrañas sospechas, no se atrevió á darles cabida en su espíritu, é hizo esfuerzo sobre sí misma para persuadirse de que únicamente la voz de Houten Clara había arrancado lágrimas á la condesa. La mayor parte de las huérfanas miraban con aire distraído ó envidioso lo que pasaba: estaban acostumbradas á ver en Houten Clara el objeto de la atención y caricias de todo el mundo, y nada más sospechaban de esta circunstancia. La dueña entre tanto temblaba de inquietud, y apenas vió la palidez de la condesa y el fuego que brillaba en sus ojos húmedos, dijo en alta voz:

—Señora, este hermoso cántico os ha conmovido vivamente, y no estáis bien; el aire libre os hace mucha falta..... Volveremos á la tarde ó mañana.

Al decir estas palabras la dueña fingió sostener á su señora; pero entonces la llevó fuera de la sala, y después de haberse detenido un instante en el patio, la condujo al locutorio.

—Ahora, querida Madre,—dijo la dueña,—hacednos ver pronto vuestros más bellos trabajos, porque mi señora tiene necesidad de descansar un poco. No conozco á nadie en el mundo que sea tan sensible al canto y á la música, como ella: esto la conmueve al grado de perder el conocimiento.

—Ah! yo tengo con qué satisfacer á la señora condesa, si esto puede agradarla.

Y añadió, á la vez que les enseñaba unos encajes bellísimos:

—Clara sabe muchos cantos lindísimos; yo haré que los cante sola, aquí, delante de mi noble vecina. La niña es tan dócil, que jamás ha rehusado á nadie el placer de oírla cantar.

La condesa no se sintió con bastante fuerza de ánimo para contestar; aún sentía la impre-

sión de un delicioso beso; su alma estaba como ligada á los dulces labios de la adorada niña. La dueña lo comprendió, y, sin esperar la orden de su señora, dijo:

—Sí, estos encajes son muy bellos, y aunque es mucho el precio que pedís, querida Madre, mi señora tomará toda esta pieza. Pronto volveré por ella..... Hasta mañana, querida Madre; gracias mil veces por vuestra bondadosa acogida. Nos vamos ya, ¿no es verdad, señora?

La condesa se volvió hacia la Madre, y dijo: —Quisiera hacer un regalo á vuestra encantadora niña; ¿podría verla aquí?

—Al instante, señora,—respondió la Madre dejando el locutorio.

—Por el amor de Dios, señora, ¿qué vais á hacer?—exclamó la dueña juntando las manos.

—Quiero volver á abrazarla antes de partir, aunque así tenga yo que morir, Inés.

—Que el ángel de vuestra guarda os ayude, señora, en peligro tan grande. Sed prudente, muy prudente; aquí está.....

La Madre volvió con Houten Clara y la llevó á la condesa; ésta tomó á la niña de una mano, y sacando algunos objetos de su bolsillo, le dijo:

—Mi querida niña, vuestra hermosa voz y vuestra dulzura me han encantado. Es necesario que yo os recompense: tomad, aceptad esto de mí, como de una amiga que os quiere mucho.

La joven tomó todo lo que le ofreció la noble dama, y quedó embelesada á la vista de los objetos que brillaban en sus manecitas. Estos objetos eran unas tijeras pequeñas de plata cincelada y un estuche del mismo metal.

—Abrazad á la señora, hija mía, dijo la Madre.

Houten Clara, loca de alegría al poseer tan preciosas tijeras y un estuche tan bonito, no se lo hizo repetir dos veces, y sonriendo, tendió los brazos á la condesa. Esta cubrió de besos

á la niña, hasta que la dueña intervino diciendo con un tono que no admitía réplica:

—Señora, el señor conde os espera, y podría disgustarse por nuestra larga ausencia.

Y dió algunos pasos hacia la puerta.

—Hasta mañana, querida Madre,—dijo la condesa;—hasta mañana, mi encantadora niña: os falta aún un dedal, y yo os lo daré también.

La condesa siguió á la dueña, y la puerta se cerró tras de ellas.

—Señora,—dijo la dueña luego que se encontraron en la calle,—qué imprudente habéis estado!..... Sería necesario que esas gentes estuvieran ciegas para no adivinar, á lo menos, que vuestras emociones ocultan un misterio....

La condesa le puso la mano sobre la boca, y le dijo con exaltación:

—Cállate, mi buena Inés, cállate. Aun cuando me dijeras que el conde ha descubierto todo, aun cuando su odio y su venganza estallaran sobre mí, ¡nada me importaría!..... Ah! parece que ignoras que he oído su voz, que la he estrechado contra mi corazón, que la he llenado de besos..... y que ella me ha sonreído, me ha hablado, y sus labios se han estrechado con amor sobre los míos..... ¡Oh, Dios mío, cuánta felicidad!..... Estoy pronta á afrontarlo todo, á sufrirlo todo; mas no me arrebataréis la embriagadora alegría que refresca mi corazón..... Y tú, Inés, guarda silencio; déjame gozar de esta inexplicable felicidad; no oscurezcas la esplendidez de mi cielo..... *Ella es hermosa como un ángel, ¿no es verdad, Inés?...* ¡Qué perfume de nobleza en ese primoroso ruiseñor!

La dueña enjugó dos lágrimas, abrió la puerta, y entrando después de la condesa, cerró la puerta sin hacer ningún ruido.

Por su parte la Madre de las huérfanas, preocupada y hablándose á sí misma, volvió al locutorio para cerrar los cajones donde guardaba los encajes. Pero al volver allí, casi había ol-

vidado lo que iba á hacer, y como si no hubiera tenido conciencia de lo que hacía, fué á sentarse en una silla, en la que durante algunos instantes permaneció inmóvil y con los ojos fijos en el suelo; al fin murmuró en voz baja y con lentitud:

—¿Y aquella historia de la villa incendiada y del soldado generoso, sería una invención?... ¡Houtvelt! Nombre singular, en efecto..... Acaso sea su hermana..... Pero, ¿cómo podría ser esto? Houten Clara no tiene más de doce años..... Acaso es una prima, una tía..... ¿Quién sabe?..... ¿Y sería posible que una prima, una tía, una hermana misma se conmoviera á tal grado y se deshiciera en llanto bajo la impresión del beso de una niña? ¿Este irresistible sentimiento puede ser otro que el que la condesa ha revelado aquí?..... Sí, el sentimiento maternal es el sólo capaz de apoderarse así del alma de una mujer..... Ah! ¡ya comprendo!..... ¡Pobre madre, cuánto debe sufrir!..... ¡Una hija tan graciosa, tan linda!..... ¡Dejar de verla muchos años, y encontrarla entre las niñas que son educadas para servir; no poder librarla ni protegerla; desfallecer con un beso, é irse luego con el corazón despedazado!..... ¡Oh, Dios mío! ¡Estar condenada á gozar furtivamente de un beso, de una sonrisa, de una opresión de mano de su propia hija, y poder sólo hablarla como á una extraña! ¡Ver una espada amenazante suspendida sin cesar sobre su cabeza; luchar contra la naturaleza y la sociedad, y abatirse cien veces bajo el desapiadado destino!..... ¡Pobre madre!..... Pero, ¿quién puede saberlo?..... Quizás yo me engaño, y entonces mis sospechas serían una injuria al honor de la condesa. Ah! como quiera que sea, la condesa es buena y ama ardentemente á la niña que yo prefiero á todo en el mundo; cualquiera que sea el secreto de su corazón, yo no le traicionaré nunca: que Dios me libre ello!..... Y puesto que es tan feliz con la presencia de la dulce y sonrien-

te Clara, como si ésta fuera una hija querida, que venga la pobre madre: ella encontrará en mí una amiga.....

—¡Madre!—gritó la portera:—aquí está la hermana Begga de la Anunciación, que viene por la limosna del canónigo Vissckers.

—¡Allá voy!—respondió la Madre vivamente, corriendo al encuentro de la hermana anunciada.

### III.

Apenas el sol comenzaba su carrera, cuando la condesa de Almata dejó su palacio, y acompañada de su dueña fué á visitar de nuevo el Establecimiento de las huérfanas. La alegría más pura resplandecía en sus ojos; todo en el mundo le parecía grato y hermoso desde que había huido de ella la horrible amargura, bajo el peso de la cual había gemido tantos años. Su alegría era para su marido una fuente de consuelos y felicidades; él había vuelto á ser bueno y tierno para ella, y le mostraba una confianza tan ilimitada, que ella estaba convencida de que no quedaba la menor sospecha en su corazón. La condesa iba á visitar á Houten Clara, á la querida niña, sin temer que el ojo de un espía siguiera sus pasos.

La dueña llamó.

Sin duda la Madre directora había dado órdenes especiales á la portera, porque luego que ésta reconoció á las personas que deseaban entrar, abrió la puerta, y exclamó alegremente:

—Sed bienvenida, señora condesa de Almata..... Yo soy vuestra humilde servidora..... Dignaos entrar para hablar inmediatamente á nuestra querida Madre.

La joven cerró la puerta, y ligera como una corza, salió de allí, á donde algunos instantes después llegó la Madre con Houten Clara.

Desde que la niña entró en el locutorio y per-

cibió á la condesa, se fué derecho á ella, la tomó una mano y se la besó.

La condesa se estremeció conmovida, pero se contuvo, y sin decir una palabra, se puso á contemplar con delicia los azules ojos de la niña. Tomó luego á ésta, la atrajo consigo, y la llenó de besos y caricias.

La mirada fija y extraña de la condesa hizo sin duda nacer en Clara un sentimiento del que no podía darse cuenta: la sonrisa desapareció repentinamente de sus labios, y quedó mirando á la condesa con un aire interrogador, como si esperase una explicación. La niña parecía decir:

—Todo el mundo me ama y me acaricia; pero vos me amáis enteramente de otra manera: ¿por qué es esto?..... ¿y por qué deseo yo tan vivamente encontrarme á vuestro lado?

La condesa comprendió sin duda la muda pregunta de la huérfana, porque exclamó suspirando, y con una voz llena de tristeza:

—¡Pobre niña!.....

La Madre observaba atentamente todas las emociones que experimentaba la condesa; y viendo que la situación había llegado á ser penosa, porque la dama y Houten Clara, á la vez con un mismo pensamiento permanecían calladas, dijo á aquélla:

—Señora condesa, os ruego que vayamos á la habitación donde se halla el clavicordio: oiréis qué bien toca nuestra querida Clara..... Ah! es una verdadera perla esta niña; la hermana Catarina del convento de Faucon, le ha enseñado la música, y la querida huerfanita toca tan bien, que se la escucharía durante muchos días, sin pensar en comer ni beber.

Entre la condesa y Houten Clara se había ya establecido un lazo de afecto y confianza; sin duda un misterioso sentimiento hacía á la niña ver en la gran señora algo más que una protectora, porque desde que la Madre propuso pasar á otra habitación, la huérfana fué á tomar la mano de la condesa, como si ésta hubiera sido

su madre. Este movimiento, por sencillo que fué, hizo brillar de alegría y de orgullo los ojos de la condesa, que condujo á Houten Clara de la mano, como lo hubiera hecho con su hija.

Cuando llegaron á la sala donde se hallaba el clavicordio, la Madre ofreció un sillón á la condesa, y haciendo lo mismo con la dueña, acercó á ella una silla en la que tomó asiento. Houten Clara se colocó delante del instrumento. La Madre dijo entonces á la niña:

—Canta el cántico: *Cantemos con alegría.....* ¡tiene tan hermoso prelude!

Houten Clara comenzó.....

La niña era sin duda en extremo sensible á la música, porque desde el principio pareció caer en una especie de éxtasis. Mientras que sus sonrosados deditos corrían ligeramente sobre el teclado, su graciosa boca sonreía á los dulces acordes; un pliegue se dibujaba en su hechicera frente, la que parecía tornar en majestuosa, cuando la niña atacaba las notas graves.

Embargadas de admiración por la belleza y el encanto de la habilidad de la niña, sumergidas en las olas de aquellos armoniosos acordes, las tres mujeres contemplaban arrebatadas á la inspirada huérfana. Esta levantó la cabeza, sus ojos azules se dirigieron al cielo, y acompañándose del clavicordio, entonó el cántico que la Madre le había indicado.

Mientras que la voz de Houten Clara dejaba oír sus notas puras y argentinas, ni la Madre ni la dueña habían apartado los ojos del rostro de la niña. Cuando el cántico terminó, ambas dirigieron á la vez una mirada á la condesa, como para decirle:

—¿No es ese un canto celestial?

Pero ¡ay! la condesa tenía inclinada la frente, y un torrente de lágrimas corría silenciosamente de sus ojos, sin que ella misma se diera cuenta de tal cosa.

Houten Clara, viendo la emoción de la condesa, dejó escapar un grito de angustia, y cor-

rió hacia ella, la contempló con admiración y con una expresión singular, y colocando su cabecita sobre las rodillas de la dama, dejó también correr sus lágrimas, como si queriendo consolar á la condesa, tratara de unir con los dolores de ésta su propia amargura. Pero la dama levantó á la niña, la tomó en sus brazos, la estrechó sobre su corazón, apoyó su mejilla en la mejilla de la huérfana, y bañó su rostro de lágrimas. Así permanecieron, sin lanzar ni un gemido, ni un solo suspiro.

Era esta escena tan solemne y conmovedora, que la dueña contemplaba á su señora con veneración, sin atreverse á proferir una sola palabra. La Madre, entre tanto, juzgó que no se había engañado en sus primeras sospechas; y comprendiendo lo que pasaba en el corazón de la condesa, se esforzaba por contener las lágrimas de piedad que querían escaparse de sus ojos: el sentimiento de las conveniencias y una grande generosidad le ayudaron á dominar esta emoción y aún le permitieron permanecer como si no hubiera adivinado la causa de la escena que presenciaba.

Algunos instantes después, la condesa volvió al sentimiento de la realidad. El silencio que reinaba á su rededor le sorprendió; levantó la cabeza y vió los ojos de la Madre fijos en ella de una manera que parecía interrogarle. Entonces comprendió su imprudencia, y se esforzó en recobrar su sangre fría, ó disfrazar al menos las apariencias. Enjugó las lágrimas que humedecían sus mejillas, y se puso á acariciar á la niña para disimular su turbación. Cuando pudo al fin sentirse enteramente sobre sí, dió un último beso á Houten Clara, y dijo con una voz tranquila:

— Mi querida niña, vuestra voz me ha conmovido mucho; vuestro canto tiene verdaderamente un mágico poder.

Pero la niña, que continuaba llorando, respondió con la voz entrecortada por los sollozos:

—Ah! aunque así sea, no volveré á cantar más en mi vida.

—¿Pero, por qué, hija mía?

—Porque os hace llorar..... Sí, estad segura, no volveré á cantar más, ni para vos, ni para otros. Demasiado enfadada estoy contra mí misma por haberos entristecido tanto..... ¡Ay de mí! ¡qué ii feliz soy con saber cantar!.....

Las palabras de la niña no eran seguramente á propósito para tranquilizar á la condesa, porque ésta sintió de nuevo un impulso de llanto; pero se contuvo al ver que la Madre tenía fijos en ella atentamente los ojos. La condesa sentó cómodamente á la niña sobre sus rodillas, y dijo con una voz cariñosa:

—Mi querida Clara, os engañáis: son de alegría las lágrimas que vierto. ¿Acaso nunca habéis llorado, hija mía, al oír por primera vez un cántico lleno de expresión y de dulzura?

La niña respondió como enfadada:

—Cuando la hermana Catarina y el maestro Huygens cantan acompañándose con el clavicordio, lloro siempre, señora, pero no como vos lo hacéis.

—Y bien, hija mía: es la sensibilidad de mi alma, que no puede resistir á la dulzura de la música.

—Sí, es cierto, el alma se conmueve, el corazón palpita fuertemente; pero yo no cantaré más, porque si os vuelvo á ver triste como ahora, indudablemente me pondré enferma, porque eso me hace mal..... mucho mal!.....

—¡Pobre niña! ¿Sabéis lo que es preciso hacer para consolarme? Estar siempre contenta y no llorar más. Una sonrisa vuestra me volverá pronto la alegría.

Houten Clara levantó la cabeza y mostró á la condesa su rostro húmedo aún de lágrimas, pero á la vez iluminado por una dulce y encantadora sonrisa. Esta prueba de afecto y de angélica bondad por parte de la niña, conmovió tan profundamente á la condesa, que, llevando las manos á su rostro, se cubrió los ojos durante

un momento, volviendo después á estrechar con efusión entre sus brazos á la niña.

Al ver esta nueva escena de ternura, la Madre comprendió que su presencia era un estorbo para la condesa, y venciendo generosamente su curiosidad, dejó la habitación, diciendo:

—Señora, es necesario que yo vaya á ver á mis otras huérfanas, porque no es muy fácil tenerlas en juicio. Quedad tranquilamente aquí con Clara, si así os agrada; nadie vendrá á turbaros, y yo volveré pronto.

Apenas la Madre había salido, la dueña dijo en español á la condesa:

—¿Creeis, señora, que esa mujer nada ha sospechado?..... Yo, por el contrario, creo que lo ha adivinado todo.

—Es muy posible, Inés,—respondió la condesa sin alterarse;—sin embargo, nada temo: ella ama á esta querida niña tanto como yo, y no puede causarla ningún mal.

—Señora: la lengua de una mujer, habla frecuentemente contra su corazón.

—Oh! .... Dios mío!..... Inés, no me entristezcas, querida mía; déjame gozar de mi felicidad.

—Me callo, señora..... Si sucede alguna desgracia, tanto peor: la dicha está allí, saboreadla.

Cuando media hora después la Madre volvió, Houten Clara saltó de las rodillas de la condesa, y corrió hacia aquélla, mostrándole un libro y lanzando gritos de alegría.

—¡Oh, querida Madre!—exclamó:—mirad qué precioso libro de oraciones, con un broche de oro y con muchas imágenes muy lindas. El señor Juan del Rosario, que ha hecho vuestro retrato, ha pintado en este libro flores color de rosa y azules..... ¡Dios mío, qué contenta estoy!..... Y mañana tendré un libro de cánticos, y un collar de perlas..... oh! mirad: esto es muy lindo para la hija de un rey!

La condesa, que se había levantado y prepa-

rado á partir, tomó la mano de la Madre, y estrechán-lola afectuosamente, le dijo:

—Mucho os debo, señora. Si algo puedo hacer para daros á conocer mi gratitud, la puerta de mi casa está abierta para vos á todas horas. Mandad de mí lo que queráis, y yo os lo agradeceré.

—Sois muy buena, señora condesa. La benevolencia con que me honráis es para mí una recompensa suficiente. Disponed de mí, venid aquí siempre que queráis: todo está á vuestra disposición.....

—Hasta mañana, querida Madre..... Si por casualidad yo deseara hablaros, ¿tendríais la bondad de ir á mi casa?

—Sin duda, señora: eso sería mucho honor para mí.

Houten Clara inclinó tristemente la cabeza, y pareció próxima á llorar.

—Hasta mañana, mi hermoso rui señor,—dijo la condesa.

—¿No os quedáis aquí?—preguntó la niña suspirando.

—Volveré mañana, y os traeré el libro de cánticos. Venid, abrazadme una vez más, y no olvidéis á vuestra amiga.

—No, no; esta noche voy de nuevo á soñar mucho con vos.

—¿Habéis ya soñado otra vez conmigo?—dija la condesa sorprendida.—¿Y qué habéis soñado, mi querida niña?

—Oh! cosas muy lindas!..... He soñado que vos érais mi madre, que yo estaba á vuestro lado, descansando en vuestros brazos; que vos me abrazábais, y que me dábais muchos besos.....

—¿Hasta mañana!—exclamó la condesa con voz conmovida.

Y tomando de la mano á la dueña, casi arrastrando la llevó hasta la calle, como si hubiera querido escapar de un peligro inminente.

## IV.

—Habéis tenido la bondad de mandarme venir, señora,—dijo Madre de las huérfanas, entrando á la habitación de la condesa de Almatá:—aquí me tenéis á vuestras órdenes.

—Sed bienvenida, querida Madre,—dijo la condesa.—Sentáos á mi lado, en este sillón, que tengo que hablaros muchas cosas..... Sin duda adivináis el objeto de que quiero hacer mención, ¿no es verdad?

—De Houten Clara, señora.

—En efecto..... ¿Conocéis la historia de esa niña?

—No sé sino muy poca cosa, señora. Houten Clara tenía ya un año en el Establecimiento, cuando yo entré en él como directora. Allí supe, que después del incendio y la devastación de una aldea, la niña había quedado huérfana, y que un soldado, compadecido de ella, la había recogido y tomado á su cargo. Más tarde, cediendo á las instancias de un pariente del fundador de nuestro Establecimiento, la niña fué recibida entre las huérfanas. Por mi parte, no he creído nunca esta historia, y siempre he visto en ella una fábula inventada para ocultar el verdadero origen de Clara.

—¿Y Clara, no sabe nada de sus padres?

—Lo que ella puede recordar vagamente, es que, aún muy niña, vivía en una aldea, en casa de unos pobres del lugar. Y lo que me hace creer que la niña no ha conocido ni los cuidados ni el amor de una madre, es, que de todos los seres que la rodeaban, no se acuerda más que de un corderito con quien compartía sus juegos y sus alegrías. Esto prueba que Clara no conoció á su madre, ó, si lo queréis mejor, que su madre la había abandonado.

A estas palabras, la condesa quedó sumergida en una profunda preocupación y como ab-

sorta en sus pensamientos. Al verla así la Madre, adivinó en el instante la causa. La buena mujer estaba convencida de que la condesa quería confiarle un secreto, y bajo la influencia de esta idea, se esforzaba en dar á la noble dama la ocasión de cumplir su deseo. Una sabia prudencia y una grande generosidad la impedían ir directamente á su objeto: comprendía que debía respetar el pudor de la condesa, y no quería arrancarle una confesión que aquélla quizás no podría hacer. Por otro parte, ella, la Madre, ¿no estaría engañada?

Viendo que la condesa no decía nada, la Madre terminó sus explicaciones con estas palabras, llamando la atención de aquélla:

—He ahí, señora condesa, todo lo que sé de la historia de Houten Clara.

—¡Houten Clara!..... ¿Por qué no prohibís á vuestras educandas el dar á esa niña tan feo sobrenombre?

—Señora: querer y poder son dos cosas muy diferentes. Tenemos que estar al cuidado de otras cosas más importantes. Estad segura que es más fácil conducir un regimiento que una multitud de muchachas.....

—Mirad, querida Madre: os he hecho venir para que me hagáis saber lo que podría hacer una persona que quisiera proteger y favorecer á la pequeña Clara.

—Supongo, señora, que la protectora será la condesa de Almata, ¿no es verdad?..... Desde luego podéis sacar á la niña de la casa de las huérfanas y hacerla educar en la vuestra; porque todas las huérfanas están destinadas á ser colocadas como obreras ó como sirvientes, á menos que dejen la casa para contraer un matrimonio que las honre, lo que sucede también de vez en cuando.....

La Madre se caló y pareció esperar una respuesta de la condesa; pero ésta hizo un gesto de impaciencia, como diciendo:

—¿Y después?.....¿después?.....

—Después, cada huérfana guarda una parte

del salario de su trabajo: esta ganancia insignificante, pero cotidiana, se acumula y forma para cada una de ellas un pequeño capital. Cuando alguna deja la casa para casarse, sus economías le sirven de dote; y si sale del Establecimiento para entrar á servir, es para ella un recurso contra las necesidades imprevistas y una garantía contra el vicio. Una persona bienhechora puede, pues, añadiendo algún dinero á las economías de una huérfana, endulzar y asegurar la existencia de ésta para el porvenir.....

—¿Eso es todo, querida Madre?

—No conozco otro medio, señora; porque mientras que una huérfana está en la casa, tiene que usar el traje que previenen nuestras reglas; come en la mesa común; no puede tener nunca dinero á su disposición, salvo alguna pequeña suma determinada; jamás puede salir sino con un permiso especial, y solamente para ir á trabajar en casas cuya honradez es notoria.

Los movimientos inquietos de la condesa revelaban bastante la pena que le causaban las palabras de la Madre. Lanzando entonces un doloroso suspiro, dijo con voz muy triste:

—¡Dios mío! ¿Cuál será, pues, la suerte de Clara?

—No es difícil saberlo, señora. Más tarde, será mi criada en la casa y deberá servir también á las otras huérfanas; hará la limpieza, lavará, trabajará en la cocina.....

—¡Ella!..... ¡Clara!—exclamó la condesa con indignación: —¡ella servirá como una criada!.....

—Seguramente, señora.....

—Oh! eso no puede ser, querida Madre, yo no quiero.....

—Y bien, señora condesa, si lo he determinado así, es por el cariño que le tengo á la niña. Suponed que ella no tiene que ser mi criada, ó por mejor decir, criada de nuestra casa: su suerte sería ciertamente peor, porque estaría reducida entonces á entrar á servir en casas extrañas y sufrir allí la brusquedad de los amos,